

Ética analítica y ética aplicada

José Luis Velázquez

Con casi cien años a sus espaldas, la ética analítica se encuentra hoy día en una situación similar a la de la filosofía analítica: atrapada entre los defensores de un pujante cientificismo, para quienes el único modelo válido de conocimiento está representado por la ciencia, y los partidarios de mantener a la ética como una actividad reflexiva e independiente de la ciencia. A esto se suele añadir que la ética analítica después de muchos y laboriosos exámenes sobre la especificidad de los juicios, los criterios, la lógica argumentativa y la motivación moral ha avanzado muy poco desde Moore en la determinación de lo que es bueno o lo que hay que hacer. Y se objeta igualmente que esta forma de entender y practicar la filosofía moral ha fracasado por partida doble: ha simplificado la vida moral (B. Williams)¹ y no ha contribuido en nada a atenuar los desacuerdos sobre algunos problemas concretos como: el aborto, la eutanasia o el pacifismo (A. MacIntyre)². Con el fin de limar estas críticas pasaré revista a algunos puntos del legado de la ética analítica y a presentar algunas claves para explorar soluciones a problemas concretos con el fin de resaltar cómo los esfuerzos realizados han contribuido y seguirán contribuyendo a entender mejor y a mejorar nuestra conciencia moral actual.

1. EL LEGADO DE LA ÉTICA ANALÍTICA CLÁSICA

La ética analítica es una concepción de la ética resultante de aplicar los procedimientos metodológicos de la filosofía analítica a los conceptos, los juicios y los argumentos morales. Estos procedimientos han ido variando y perfeccionándose a lo largo de todo este siglo lo cual hace difícil hablar de unidad metodológica dentro de la filosofía analítica y, en consecuencia, dentro de la ética analítica. Se mantiene en cualquier caso la idea de que el lenguaje es el marco por excelencia de la reflexión y el ámbito donde cobran sentido las acciones humanas. Por eso, la tarea a realizar es doble: analizar el lenguaje moral y sintetizar los principios, normas y valores en una perspectiva comprensiva, reflexiva y revisable. Ahora bien, la originalidad de

¹ Cf. *Ethics and Limits of Philosophy*, Fontana, Londres (1985), 127.

² Cf. *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona. (1987): 15 y ss., 324 y ss.

la ética analítica no radica sin más en asumir esta empresa sino en el conjunto de condiciones que tiene que cumplir y en la finalidad que la ha orientado. Y es que a falta de mayores consideraciones ni la preocupación por el esclarecimiento del lenguaje moral ni la voluntad de integrarlas en alguna perspectiva nos son desconocidas desde los orígenes de la ética. Por tanto, su originalidad en principio hay que medirla con relación a las aportaciones e innovaciones introducidas respecto a otras tradiciones filosóficas.

¿Cuál es la forma de proceder de la ética analítica?³

El método analítico es un método filosófico que difiere de los métodos trascendental y científico. El método trascendental es un procedimiento para establecer las condiciones y principios a priori que determinan el obrar moral. El método científico, en cambio, avanza mediante hipótesis que se verifican en el marco de los hechos con la ayuda de criterios como la racionalidad, la simplicidad y la economía explicativa. El método analítico, por su parte, pretende describir la estructura general de nuestro aparato conceptual mediante el análisis de la estructura lingüística de nuestro entendimiento. El proceso tiene dos fases. En la primera, se contrastan los significados de los conceptos mediante una descripción de las condiciones que regulan su uso a fin de delimitar la relevancia filosófica y los distintos empleos posibles (emotivo, descriptivo, imperativo, etc.). En la segunda fase, la descripción de la estructura de la comprensión lingüística nos conduce a otros aspectos que están vinculados al lenguaje pero no son estrictamente lingüísticos. Por ejemplo, los aspectos lógicos: la consistencia, coherencia o condiciones de verdad de nuestras acciones. Comprender, por tanto, el marco conceptual de la moral se hace indispensable para entender lo que somos y esto responde a una necesidad práctica arraigada en nuestra existencia empírica. Sólo así se hace posible la conciliación entre lo que tiene valor para nuestras vidas y lo que importa desde el punto de vista filosófico. La comprensión tiene lugar no mediante una intuición o instalándose en algún punto de Arquímedes sino al final de un proceso que exige una clarificación detenida y detallada que termine por alumbrar aquello que creyendo saber, sin embargo, no éramos lo suficientemente aptos para explicar.

En la historia de la ética analítica se pueden distinguir tres periodos⁴. El primero marcado por el intuicionismo de Moore expuesto en sus *Principia Ethica* (1903). El segundo descrito como la edad de oro de la ética analítica, caracterizado por las críticas a Moore de la mano de los emotivistas (A.J. Ayer, C.L. Stevenson), prescriptivistas (R.M. Hare) y naturalistas (P. Foot, G.E.M. Anscombe). Y finalmente, un tercer periodo bautizado con el nombre de periodo de la *Gran Expansión* que abarca desde los años setenta hasta la actualidad y representa la recuperación de algunos planteamientos clásicos desde una perspectiva más amplia en la que se

³ Sigo aquí a E. Tugendhat en su exposición de cómo se lleva a cabo la clarificación conceptual descrita en el libro *Philosophische Aufsätze*, Suhrkamp, Frankfurt (1992), 421-424. La aplicación a la ética se puede encontrar en E. Tugendhat, *Problemas de ética*, Crítica, Barcelona (1988):69-99.

⁴ Los dos mejores artículos que conozco y sigo más o menos de cerca donde se ofrece una visión histórica y temática de la evolución de la ética hasta nuestros días son el de S. Derwall et al. «Towards *Fin de siècle* Ethics: Some Trends» en *Philosophical Review* Vol. 101, Nº 1 (January 1992): 115-189 y el de J. Couture y K. Nielsen, «Introduction: The Ages of Metaethics» en *Canadian Journal of Philosophy*, Suppl. Vol. 21 (1985), 1-30.

incorporan las aportaciones recientes de la filosofía del lenguaje y de la lógica, la filosofía de la mente, la psicología y la filosofía de la acción. Esta división histórica, no afecta sin embargo a lo fundamental que es el examen de un conjunto de problemas que se resumen en: la naturaleza del lenguaje moral, la naturaleza del conocimiento moral y las relaciones entre las acciones y las razones morales.

G.E. Moore, inspirador de la filosofía y la ética analítica, representa con su libro *Principia Ethica* una nueva conciencia filosófica alentada por el compromiso de revisar el verdadero objeto de la ética y el método para descubrirlo con el fin de determinar los «prolegómenos a toda ética futura que intente presentarse como científica.» Sin embargo, y como pudo comprobar el propio Moore, los resultados de su investigación no podían ser más decepcionantes. Desde el punto de vista metodológico el análisis conducía a una situación paradójica, el verdadero objeto de la ética (lo intrínsecamente bueno) era indefinible. Un balance que contrastaba con el impacto que tuvo su utilitarismo ideal basado en la persecución de «los placeres del trato humano y el gozo de los objetos hermosos.» No obstante, fueron los supuestos y las conclusiones «erróneas» de Moore los que en su conjunto habrían de impulsar todo el desarrollo posterior de la ética analítica. Si había alguna razón para confiar en el método basado en el análisis y la distinción, entonces resultaba fundamental librarle de la aparente trivialidad de sus conclusiones y rescatar tanto su capacidad para diferenciar los conceptos en que puede dividirse el concepto sujeto a análisis como su virtud para relacionar y distinguir las expresiones bajo las que se expresa. Lo primero derivó en el análisis lógico. Lo segundo, derivó en el análisis conceptual apoyado en la diferencia advertida por Moore entre conocer el significado de una expresión y poder analizar ese significado. Una diferencia que posteriormente se reformuló para distinguir entre saber cómo se usa una expresión y la capacidad del hablante para describir las reglas que determinan su uso. Más pesares suscitaron las dos bases de su planteamiento para apoyar la imposibilidad de definir la propiedad «bueno»: el argumento de la cuestión pendiente y la falacia naturalista. Como luego se vio ninguna de ellas son sostenibles porque ni el *argumento de la cuestión pendiente* prueba que no sea posible ninguna definición de «bueno» ni la falacia naturalista constituye un obstáculo insuperable hasta el punto de poner en cuestión el razonamiento moral. Lo que en realidad estaba atacando Moore era una determinada concepción del significado de bueno (naturalismo definicional) y no una concepción sustantiva sobre qué cosas son de hecho buenas.

A partir de este momento es cuando empieza la evolución de la ética analítica cuyo rumbo a lo largo de casi medio siglo viene marcado por una serie sucesiva de intentos para compensar la supuesta falta de contenido natural o fáctico del lenguaje moral, para esclarecer la lógica de los enunciados morales y para desvelar las relaciones entre estos y las acciones. Estos tres puntos, aunque con tratamiento desigual, son los ejes de las concepciones de Ayer⁵, Stevenson⁶ y Hare⁷. Los dos primeros

⁵ Cfr. A.J. Ayer, *Language, Truth and Logic*, Gollancz (1936).

⁶ Cfr. C.L. Stevenson, *Ethics and Language*, Yale Univ. Press (1945).

⁷ Cfr. R.M. Hare, *The Language of Morals*, Oxford Univ. Press (1952).

vinculados al emotivismo y el tercero al prescriptivismo. Todos comparten la convicción de que el lenguaje moral no tiene la función de describir hechos del mundo y por tanto, al no estar expuestos a contrastación como los juicios fácticos sobre los que se sostiene el conocimiento científico, sólo cabe reconocer en ellos o bien una función expresiva o bien función práctica para orientar nuestra conducta. Los tres autores mencionados pertenecen a tradiciones distintas que quedan reflejadas en los detalles de las concepciones respectivas de la moral de cada uno de ellos. La tradición lógica y empirista avalada por Hume, Russell y el primer Wittgenstein conducen a Ayer a despojar de contenido cognitivo a los juicios morales y a atribuirles una función emotiva que da expresión a los sentimientos y estimulan la acción. Stevenson, en cambio, llega a conclusiones similares de la mano de la filosofía pragmática de sus compatriotas Dewey y Perry. Añade al significado emotivo de los juicios morales la característica de un uso dinámico que explica la función persuasiva y la influencia sobre las personas que lo escuchan. Más original es el caso de Hare, en cuya filosofía moral se da cita, además de una compleja articulación de tesis emotivistas, kantianas y utilitaristas, un tratamiento singular del razonamiento moral a partir del análisis de los imperativos morales. Hare, en su libro *The language of Morals* (1952), coincide con los emotivistas en que los términos morales no refieren ni a propiedades ni a hechos pero rechaza que estos sólo tengan la función de expresar actitudes o que se puedan identificar sin más con las preferencias personales. Para superar el margen de arbitrariedad concedido por los emotivistas a los juicios morales, Hare entiende el lenguaje moral como una variante del lenguaje prescriptivo (orientador de las acciones) cuyos enunciados adoptan la forma de imperativos universalizables.

Si el emotivismo dejó grandes dudas sobre lo que había que entender por significado emotivo, sobre la tajante distinción entre actitudes y creencias o entre los elementos descriptivos y los valorativos de los juicios morales, no menos problemas encerraba la deficiente explicación sobre el razonamiento moral donde ningún hecho parecía más relevante que otro en la justificación de una acción frente a otra. Y en el caso de Hare, las principales objeciones se centraban en dos puntos. Uno relacionado con la manera de entender la universalizabilidad y el otro relacionado con la manera de entender las relaciones entre los juicios y las acciones. A la universalizabilidad se le objeta que si se entiende como una categoría lógica entonces esto recuerda que en la ética rige también el principio de contradicción. Pero si exige algo más que coherencia, por ejemplo, la imparcialidad, entonces hace falta algo más para su justificación. Con relación a las relaciones de los juicios y las acciones, el emotivismo ofrece una insuficiente explicación del razonamiento moral ya que quedan desdibujadas las relaciones lógicas entre los enunciados fácticos y valorativos. Hare tampoco elabora una exposición muy plausible. Al admitir que existe una conexión conceptual entre hacer un juicio moral y reconocer lo que prescribe o el imperativo que se deriva de él, da a entender que toda la fuerza motivadora para actuar recae en la aceptación sincera del juicio moral y esto no supera la intuición de que la moral está unida a otras consideraciones externas.

Aunque el emotivismo tuvo una gran influencia, esta se vio atenuada tanto por la aparición en 1953 de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, que ensancharía el panorama del análisis del lenguaje moral, como por la no menos incipiente

«psicología moral» o psicología de la acción de la mano de Nowell Smith. En su libro *Ethics* (1954) además de incorporar nuevos conceptos al análisis del lenguaje moral recupera para la filosofía moral algunos puntos descuidados desde Moore como son los de libre albedrío y la responsabilidad. Sin embargo, una versión del emotivismo no tan atada a criterios lingüísticos como el subjetivismo ha ido cobrando una gran importancia y tomando asiento en la conciencia moral moderna y de modo especial ante problemas que carecen de una solución con un amplio respaldo. Ahora bien, lo importante del emotivismo y la razón para tomarlo en serio, como sostiene Tugendhat⁸, no radica tanto en la explicación del problema del desacuerdo moral como la virtud de haber señalado un déficit crucial en la ética contemporánea: la dificultad para «cumplir la pretensión de justificación contenida en los juicios de valor.»

El naturalismo aparece como una doble reacción contra las restricciones impuestas por Moore y por Hare. Respecto al primero las críticas se centraron en hacer ver que la falacia naturalista no era un obstáculo insuperable en la teoría ética. Y con relación al fundador del prescriptivismo, el naturalismo resalta las insuficiencias de los requisitos de la prescriptividad y universalizabilidad para dar cuenta de las razones que han de guiar las acciones morales. Los juicios morales y los principios morales en opinión de naturalistas como Foot, Anscombe y G. Warnock tenían que incluir algún contenido relacionado con las necesidades, los deseos y el bienestar humano de lo contrario se hacían ininteligibles las exigencias de actuar con vistas a la pretensión de universalizabilidad señalada por Hare pero no suficientemente justificada.

A partir de los años cincuenta se ponen en cuestión algunas diferencias o dogmas que habían tenido pleno arraigo en el positivismo lógico y la filosofía analítica y que habrían de afectar a la filosofía moral. Me refiero concretamente a la distinción entre analítico-sintético y la distinción entre el análisis del lenguaje moral o metaética y la ética normativa.

Hasta los años cincuenta la distinción entre metaética y ética normativa era una distinción férrea defendida por Hare, Nowell Smith y Frankena. Mientras por ética normativa se entendía el esfuerzo para establecer juicios valorativos, principios y reglas que de forma sistematizada justificaran una determinada forma de actuar, la metaética consistía exclusivamente en el esclarecimiento del lenguaje y el razonamiento moral mediante una caracterización del uso de los términos morales, el estatuto lógico de las proposiciones, del acuerdo o desacuerdo moral y las razones para actuar moralmente. Como ha señalado B. Williams⁹, detrás de esta distinción se encontraba la idea de que la metaética (o concepciones metaéticas) no tenía implicaciones normativas o sustantivas, que se trataba en esencia de una teoría neutral. El principal supuesto que apoyaba esta distinción era, en efecto, una concepción general de la filosofía entendida exclusivamente como una actividad elucidatoria sin contenido u objeto propio y en consecuencia la filosofía moral debía ocuparse de examinar únicamente los significados y los usos de los conceptos y

⁸ Cfr. E. Tugendhat, *Lecciones de ética*, Gedisa, Barcelona, (1998): p. 207.

⁹ Cfr. B. Williams, *Ethics and Limits of Philosophy*, o.c., pp. 72-74.

juicios morales. De lo cual se deducía que la ética o bien es análisis del lenguaje moral o bien quedaba reducida a alguna variante de la psicología, la sociología o la antropología. El otro supuesto fue uno de los dogmas filosóficos del empirismo lógico: la distinción entre juicios analíticos y juicios empíricos. Hoy no se acepta ya ninguno de los dos supuestos. Los argumentos de Quine expuestos en su famoso artículo de 1951, «Two Dogmas of Empiricism», contra los dogmas de la analiticidad (hay una noción precisa de analítico) y el reduccionismo (el significado de una proposición se puede establecer de manera aislada) sirvieron para recuperar la esperanza de determinar algún tipo de conocimiento en las proposiciones que no encajan en la clasificación tradicional establecida desde Hume y defendida por los positivistas lógicos. Y respecto a la independencia entre metaética y ética normativa la contraposición se desvanece mediante razones obvias y ejemplos de nuestra experiencia moral cotidiana. Las creencias morales que uno tiene afectan a los criterios de aceptabilidad y coherencia y la aplicación de estas pruebas tienen por su parte resultados normativos. Y al contrario, los criterios o pruebas que uno tenga para argumentar implicarán una concepción de la moral que excluya a otra. La conclusión es que desde un punto de vista filosófico tan relevante puede ser un planteamiento normativo aunque no se identifique exclusivamente con el análisis lógico o lingüístico como lo son las consecuencias normativas que se derivan de una perspectiva metaética¹⁰.

2. EL REVIVAL DE LA METAÉTICA

El tercer periodo de la ética analítica tiene sus orígenes a finales de los años sesenta dentro de un clima intelectual y social altamente preocupado por apremiantes problemas sociales como la igualdad sexual, económica y racial. Las prometedoras expectativas suscitadas por el método rawlsiano del equilibrio reflexivo para ajustar nuestras intuiciones morales y los principios de la justicia escogidos en la situación original, respaldaron la creencia de que se podía avanzar más en la solución de aquellos problemas que seguir atenazados por el desasosiego producido por los interrogantes acerca del significado o la caracterización formal de la moral. La aparente superioridad del método del equilibrio reflexivo radicaba en conceder a las intuiciones morales (creencias sobre lo que es correcto y lo justo) el mismo estatuto que tienen los datos en las teorías científicas y en sustituir cualquier pretensión de justificación última por un principio de coherencia entre los juicios y los principios escogidos.

Con la obra de Rawls *A Theory of Justice* (1971), la filosofía moral parecía haberse liberado de la «mala conciencia» incubada por la ética analítica y abría nuevas vías de desarrollo para la ética normativa bajo una concepción más unificada del sujeto moral y en consonancia con los modelos de sociedad democráticos. Sin embargo, el planteamiento de Rawls se habría de enfrentar simultáneamente a otras

¹⁰ Cfr. D. Copp, «Metaethics» en L.C. Becker, Edit. *Encyclopedia of Ethics*, vol. II, St. James Press, New York (1992): 790-798.

teorías normativas rivales como las de Nozick y Dworkin y a una nueva hornada de planteamientos de corte analítico. Estos últimos toman como blanco de sus críticas el estatuto concedido por Rawls a los juicios morales y las deficiencias resultantes de su deliberado abandono de los progresos alcanzados en el análisis del lenguaje y el razonamiento moral¹¹. De este modo la obra de Rawls se convierte en el acicate y auténtico impulsor del *revival de la metaética*. Bajo esta expresión de Darwall et al. se agrupan una multitud de concepciones (expresivistas, realistas, naturalistas, relativistas, escépticos) que retoman muchos de los argumentos de la metaética de décadas anteriores. La novedad es que ahora van a ser revisados con la ayuda de las aportaciones más recientes en lógica, filosofía del lenguaje, metafísica, filosofía de la mente y la psicología y articuladas, en mayor o menor grado, en la convicción de «que una comprensión de la naturaleza y justificación de la moral depende de una adecuada teoría sobre las condiciones de verdad o del significado de los enunciados morales»¹². Así, los expresivistas como A. Gibbard¹³ y S. Blackburn¹⁴ retoman algunos argumentos del emotivismo pero tratan de resolver sus antiguas deficiencias con una caracterización más compleja de las relaciones entre los deseos, los sentimientos y las acciones. Por su parte, los realistas morales (M. Platts¹⁵ y C. Wright¹⁶), apoyándose en tesis ontológicas (existe una realidad moral independiente en virtud de la cual los juicios morales son verdaderos o falsos), epistemológicas (el conocimiento moral es posible y está sujeto a condiciones de verdad), psicológicas (los juicios morales están acompañados de deseos que actúan como fuerza motivacional de las acciones) y metaéticas (la correspondencia entre juicios y hechos), aspiran a superar el subjetivismo de J. L. Mackie¹⁷ y el relativismo y escepticismo de las concepciones morales que se apoyan en la dimensión psicológica y social de las creencias y actitudes (G. Harman¹⁸). El desafío de Mackie también ha tenido respuesta en la teoría de la sensibilidad de J. McDowell¹⁹ y D. Wiggins²⁰ que equipara los juicios morales con juicios sobre cualidades secundarias vinculadas a la subjetividad interna. Igualmente y no menos intensa y prolífica es la discusión sobre la naturaleza práctica de la moral como fuente de razones, motivos, creencias y deseos que determinan la conducta. La discusión divide a los externalistas (D. Brink²¹), y a los internalistas (T. Nagel²² y B. Williams²³). La polémica, ya larga,

¹¹ Cf. el volumen clásico editado por N. Daniels *Reading Rawls*, Stanford Univ. Press, California (1989) y el artículo de E. Tugendhat «Observaciones sobre algunos aspectos metodológicos de Una Teoría de la Justicia de Rawls» incluido en su libro *Problemas de la ética*, o.c., pp. 15-38.

¹² D. Coop, o.c., p. 794.

¹³ Cf. A. Gibbard, *Wise Choices, Apt Feelings*, Harvard Univ. Press, Cambridge (1990).

¹⁴ Cf. S. Blackburn, *Spreading the Word*, Oxford Univ. Press, Oxford (1984).

¹⁵ Cf. M. Platts, «Moral Reality» en *Ways of Meaning*, Routledge, Londres (1979).

¹⁶ Cf. C. Wright, «Realism, Antirealism, Irrationalism, Quasi-Realism» en *Midwest Studies in Philosophy*, Vol. 12, Univ. Of Minnesota Press, Minneapolis (1988), 25-49.

¹⁷ Cf. J.L. Mackie, *Ethics: Inventing Right and Wrong*, Penguin, Londres (1977), esp. cap. 1.

¹⁸ Cf. G. Harman, *The Nature of Morality*, Oxford Univ. Press, Londres (1977).

¹⁹ Cf. J. McDowell, «Values and Secondary Qualities» y «Projection and Truth in Ethics» en Lindley Lecture, Univ. of Kansas (1987).

²⁰ Cf. D. Wiggins, *Needs, Values and Truth*, B. Blackwell, Oxford (1987).

²¹ Cf. D. Brink, *Moral Realism and The Foundations of Ethics*, Cambridge Univ. Press, Cambridge (1989).

²² Cf. T. Nagel, *The Possibility of Altruism*, Clarendon Press, Oxford (1970).

²³ Cf. B. Williams el influyente artículo «Internal and External Reasons» en *Moral Luck*, Cambridge Univ. Press, Cambridge (1981).

confronta las tesis sobre la independencia o no de la justificación (las razones que uno tiene para explicar las acciones) y la motivación (las razones que uno tiene para actuar). Mientras los internalistas sostienen que la motivación es una consecuencia lógica de asumir una obligación, los externalistas defienden que se trata de un hecho contingente pero no necesario (hay razones no conectadas con mis motivos que me empujan a actuar moralmente). Sea como sea, lo cierto es que se trata de un problema muy complejo que se tiene que seguir afrontando. Aunque lo cierto es que si bien ninguna teoría ha empujado de manera concluyente a los hombres a ser morales hay que aceptar que tanto la justificación como la motivación sólo parecen comprensibles, como ha descrito Tugendhat²⁴ siguiendo a P.F. Strawson²⁵, cuando están ancladas dentro de una esfera emotiva-afectiva (los sentimientos de estima, respeto, culpa, etc.) y del marco de relaciones sociales donde cobra sentido el deseo de formar parte de la comunidad moral humana.

3. ÉTICA APLICADA Y FILOSOFÍA POLÍTICA

En los últimos años el auge de la ética aplicada (término más apropiado que el de ética práctica acuñado entre otros por P. Singer²⁶) ha puesto entredicho tanto la separación tradicional entre la reflexión moral y la práctica como el papel de los filósofos en la resolución de problemas concretos. Hasta mediados los años sesenta, la ética analítica y la filosofía moral en general habían insistido en que la labor del filósofo moral tenía que distinguirse de la del moralista. Mientras al primero sólo le concierne analizar la constitución y naturaleza de los juicios morales, la función del moralista es la de elaborar códigos y recomendar su observancia. Pero lo que se dejó de lado es si el filósofo moral podía, sin convertirse en un predicador o en un moralista, hacer una contribución eficaz y real a las discusiones sobre las cuestiones prácticas que encierran algunos problemas morales.

La ética aplicada comenzó su desarrollo centrándose en problemas sociales y políticos como el racismo, el pacifismo, las desigualdades económicas y la distribución de recursos. Posteriormente, y como consecuencia del avance de determinadas áreas de la investigación científica, en especial en el área de las ciencias biomédicas como la medicina y la genética, la ética aplicada se convirtió en sinónimo de ética médica²⁷. Sin embargo, la caracterización de la ética aplicada siempre ha sido objeto de discusiones. Así, mientras que B. Gert²⁸ la define como «la aplicación de la teoría ética a un conjunto especial o particular de problemas,» T. Beauchamp²⁹ rechaza la

²⁴ Cf. E. Tugendhat, *Lecciones de Ética*, Gedisa, Barcelona (1988).

²⁵ Cf. P.F. Strawson, «Freedom and Resentment» incluido en *Freedom and resentment and other essays*, Methuen, Londres (1974).

²⁶ Cf. P. Singer, *Practical Ethics*, Cambridge Univ. Press, Londres (1979).

²⁷ La ética médica aunque se ha identificado muchas veces con la bioética, lo cierto es que la bioética es una disciplina más reciente y de mayor alcance pues se ocupa de muchos otros problemas no directamente relacionados con la práctica clínica. Por ejemplo, cuestiones como las obligaciones para con los animales y el medio ambiente.

²⁸ Cf. B. Gert, «Licensing professions» en *Business and Professional Ethics Journal I*, (1982), 51-52.

²⁹ T. Beauchamp, «On eliminating the distinction between applied ethics and ethical theory» en *Monist*, 67 (1984), 514-531.

distinción entre teoría ética y ética aplicada y vincula esta última «con el uso de la teoría filosófica y los métodos de análisis para tratar problemas morales» de muy diversas áreas (medicina, economía, derecho), que abarcan lo que tradicionalmente se entiende por filosofía práctica. Tampoco faltan posturas más extremas como las de MacIntyre³⁰, para quien hablar de ética aplicada es el resultado de una concepción general y errónea de la ética (las teorías deontológicas), la de autores que decepcionados por las insuficiencias de las teorías tradicionales se muestran partidarios bien de una antiteoría o la postura de los defensores de la recuperación de la metodología casuística³¹.

Con el paso del tiempo y el aumento de sensibilidad hacia problemas relacionados con la ecología, el bienestar de los animales y la experimentación genética (clonación y terapias génicas) la ética aplicada ha venido a constituirse hoy en el esfuerzo más ambicioso a la hora de examinar las posibilidades de una nueva conciencia moral en estrecha relación con el progreso científico-tecnológico. Y una prueba de que la metodología analítica está contribuyendo a formar una perspectiva crítica y reflexiva alrededor de los problemas concretos morales es por ejemplo la actualidad que han adquirido nuevos exámenes de viejas formas de argumentar como el principio del doble efecto, el argumento de la pendiente resbaladiza y la revisión de la diferencia entre acciones y omisiones.

¿Qué puede hacer entonces el filósofo para aportar soluciones a problemas morales concretos como los mencionados? Un sencillo y modesto esquema pero muy valioso de lo que puede hacer nos lo ha brindado M. Platts³². Para Platts la contribución hay que esperararla en los tres niveles de la ética: los juicios, los hechos y la sensibilidad. Con relación a los juicios la aportación viene de la mano de la doble distinción establecida por la metaética: por un lado, la descripción de los usos que hacemos de los conceptos de nuestro lenguaje ordinario para aprehender una realidad no lingüística y por otra, un esclarecimiento de esos conceptos «con el propósito de alcanzar un entendimiento reflexivo de nuestra comprensión cotidiana no reflexiva.» Este proceso se puede interpretar como una variante del «ascenso semántico» de Carnap que consistiría no tanto en el paso del modo material al modo formal de hablar como el paso de una descripción ambigua o confusa a otra más clara que nos permita avanzar más en la comprensión de lo que ya tenemos delante y resaltar lo que es problemático. Por ejemplo, los conceptos «ser humano» y «persona» se emplean en el lenguaje ordinario como sinónimos. En cambio, la biología entiende por ser humano el miembro de la especie *homo sapiens*, algo que se puede comprobar empíricamente analizando los cromosomas de las células. Persona en cambio es un concepto filosófico, moral y jurídico y aglutina los atributos (entre otros) de racionalidad y conciencia de sí mismo. Dicho esto, a nadie se le escapan los interrogantes que se derivan de una reflexión moral cuando estos criterios son excluyentes: ¿dejaría de ser objeto de consideración moral un ser que no es miembro

³⁰ Cf. A. MacIntyre, «Does applied ethics rest on a mistake?» en *Monist*, 67 (1984), 498-513.

³¹ Cf. A. Jonsen y S. Toulmin, *The Abuse of Casuistry. A History of Moral Reasoning*, Univ. Of California Press, Berkeley (1988).

³² Cf. Mark Platts su «Introducción» al volumen colectivo *Dilemas Éticos*, publicado por FCE, México (1997): 7-14.

de la especie *homo sapiens* (el delfín o el orangután) pero tiene capacidad racional y conciencia de sí mismo? Y viceversa, ¿están justificadas las obligaciones morales para con un miembro de la especie humana (p.e. un discapacitado psíquico) carente de capacidad racional y de conciencia de sí mismo? Lo cierto es que el asunto no se puede resolver mediante un golpe semántico y sin reparar en razones morales. La conclusión, por tanto, es que cuando analizamos conceptos como los de ser humano y persona a la luz de nuevas circunstancias se nos desdibujan las fronteras tradicionales entre los aspectos descriptivos y los valorativos y se nos exige nuevas aclaraciones para avanzar en el planteamiento de las relaciones morales.

No menos importante que lo anterior es la importancia que tienen los hechos que rodean a cada problema moral concreto con vistas a encontrar soluciones posibles. El problema, está sin, duda en el lugar que ocupan los aspectos empíricos en las argumentaciones. Frente a quienes defienden fundamentaciones a priori de la ética como una vía de salvaguardar los principios morales del relativismo y frente a quienes abogan por explicaciones causales o estrictamente naturalistas en la ética; es preciso encontrar en las argumentaciones morales un cierto equilibrio entre los hechos y el examen reflexivo de las normas y los valores. Una discusión sobre la eutanasia que obvia los procedimientos técnicos para prolongar o acortar la vida es una discusión en el vacío, lo mismo que una discusión sobre la mejora de salud hoy no se puede abordar sin tener en cuenta, por ejemplo, las técnicas de terapia génica. Las reglas morales y los juicios morales no se pueden mantener dando la espalda a los hechos. Eso significaría renunciar a explorar una solución razonable a los nuevos dilemas que surgen en este mundo y que precisan soluciones para los seres vivos de este mundo. Todo este esquema se completa cuando se revisa nuestra sensibilidad moral actual que parece montada en un péndulo que pasa del extremo de la indignación ante situaciones descritas intencionadamente como alarmantes (la futura clonación humana) al extremo de la indiferencia ante problemas crónicos (el hambre). Los progresos científicos no representan *per se*, como se insiste en afirmar, una amenaza contra el valor o la sensibilidad moral de nuestras vidas. Precisan, eso sí, de una orientación moral para reducir el temor y afianzar expectativas razonables, algo que se puede lograr no sólo con el examen detenido de las perspectivas que pone en nuestras manos sino con otra concepción de la humanidad que siga apostando por el bienestar en el más amplio sentido sin tener que pagar la cuota por prejuicios contraídos con el pasado.

Finalmente, no se puede olvidar la influencia de la filosofía analítica en el pensamiento político y social. Esta influencia se ha dejado notar de manera especial en la filosofía política anterior a la publicación *A Theory of Justice* de Rawls y en la corriente más renovadora del marxismo: el marxismo analítico. A mediados de los años cincuenta y con motivo de la reacción suscitada contra el acta de defunción de la filosofía política suscrita por P. Laslett³³, la filosofía política entendida como el análisis de los conceptos y argumentos empleados en el discurso político se iría fortaleciendo al encontrar un sitio entre las descripciones empíricas de la ciencia

³³ Cf. P. Laslett, «Introducción» en P. Laslett (Editor), *Philosophy, Politics and Society*, 1ª Serie, B. Blackwell, Oxford (1956).

política sobre las instituciones y las formas de gobierno, y las afirmaciones valorativas de contenido ideológico reunidas en omniabarcadoras concepciones sobre los fines de la vida política. Destacan en este sentido los celebrados artículos de I. Berlin «Two Concepts of Liberty» de 1958 y «Does Political Theory still exist?» de 1961; el análisis³⁴ de algunos conceptos fundamentales como los de soberanía (S. I. Benn), igualdad (E. F. Carr), justicia y bien común (B. Barry) y las contribuciones y exámenes sobre problemas bien concretos como la guerra nuclear y el pacifismo (G.E. Anscombe, J. Naverson y R. Wasserstrom)³⁵.

La escuela del «marxismo analítico» inaugurada por G.A. Cohen³⁶ en 1978 agrupa a autores como, J. Elster, J. Roemer y E. O. Wright y ha adoptado de la tradición analítica el compromiso con la claridad conceptual y la observancia del rigor lógico argumentativo, la incorporación de modelos explicativos como la teoría de juegos y la teoría de la decisión racional y el apoyo en las teorías científicas y el individualismo metodológico. Sin duda alguna se trata de una de las corrientes más importantes e innovadoras del pensamiento político contemporáneo que representa el contrapunto más interesante frente a planteamientos más complacientes como los de toda la familia liberal.

Después de este sucinto panorama de la evolución de la filosofía moral no resulta exagerado decir que el siglo XX ha sido sin duda un siglo analítico y que lejos de cumplirse las profecías de alguno de sus críticos caben esperar todavía mejores y más contribuciones. Hay signos que así lo atestiguan y prueban que estamos en la senda de encontrarnos con una imagen de la filosofía moral menos fragmentada, menos cerrada en sí misma y más receptiva. Y aun en el peor de los casos, esto es, si la ética analítica sólo alcanzara a brindarnos pequeñas dosis de claridad conceptual, estaría justificado su trabajo si con ello lográramos alguna clave para poner nuestra conciencia moral a la altura del siglo que viene.

³⁴ Cf. El volumen preparado por A. Quinton *Political Philosophy*, Oxford Univ. Press, Londres (1967).

³⁵ Cf. R. Wasserstrom (Editor), *War and Morality*, Wadsworth P. Company, Belmont, Calif. (1970).

³⁶ Cf. G.A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History*, Princeton Univ. Press (1978).